



Ceamanos Llorens, Roberto: *El reparto de África. De la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016, 160 pp.

El historiador británico Edward H. Carr sostenía que la historia que se escribe o se deja de escribir en un país es uno de los indicadores que nos alumbramos el carácter de una sociedad. Si partimos de esta afirmación, no nos queda más remedio que reconocer que la nuestra no es sino una sociedad egoísta y etnocéntrica que prefiere vivir de espaldas a un continente, África, con el que nos unen fortísimos lazos culturales, sociales, económicos e históricos.

Es por ello, que la obra *El reparto de África. De la conferencia de Berlín a los conflictos actuales* (2016) cobra un doble valor. El primero de ellos reside, como no podía ser de otra forma, en la calidad de sus páginas. El texto, como bien señala el profesor congoleño Mbuyi Kabunda, incide en cuestiones que son clave para entender las implicaciones que sigue teniendo en el presente el reparto colonial del continente e intenta, desde el análisis histórico, frenar a aquellos que tildan de “excusas sin fundamento” las alusiones a las implicaciones externas en la situación actual de África. Por otro lado, hay que valorar un trabajo que pone en el centro de la investigación la historia del continente africano, harto desconocido no sólo para sociedad española, sino también entre la comunidad universitaria. ¿Cuándo dejaremos de mirar a África como si de una realidad lejana y exótica se tratase?

El trabajo del profesor Roberto Ceamanos consta de un total de 160 páginas divididas en una introducción, tres capítulos y un apartado de conclusiones. Además, consta de un prólogo de Mbuyi Kabunda que, incisivo como siempre, denuncia las nuevas formas de colonialismo que se están produciendo en el continente africano, el error de partir de conceptos de “desarrollo” puramente occidentales y capitalistas para potenciar el bienestar africano y llama a la necesidad de combatir las corrientes *afropesimistas* que tratan de culpabilizar exclusivamente a África de su situación haciéndole olvidar su propia historia.

Se trata de una obra que pone al descubierto la continuidad de las prácticas coloniales que se siguen produciendo en África y la fatídica herencia de los límites fronterizos. El acaparamiento de tierras que se está produciendo en la actualidad, cuyo objetivo es exportar productos a los países más consumistas, al tiempo que deja en una situación muy delicada a las poblaciones locales que las han trabajado tradicionalmente, o la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), que se erige en un instrumento más de la política exterior de los países, demuestra la necesidad imperiosa de que no se olvide la historia de un continente que desde la llegada de los europeos no ha podido contar con las cuotas de libertad que anunciaron las independencias.

A lo largo del primer capítulo “La Conferencia de Berlín” el autor señala cómo la ocupación europea de África empezó años atrás de la propia Conferencia de Berlín (1884-1885) y se llevó a cabo de manera efectiva durante los años posteriores. Una conferencia en donde los africanos estuvieron ausentes mientras que exploradores,

científicos y misioneros jugaron un papel clave en la consolidación del poder de las potencias europeas. El autor atribuye entre las causas de esta colonización a la necesidad de expandir el capitalismo, la revolución de los transportes, la superioridad militar europea, el aumento demográfico, un nacionalismo exacerbado, los réditos políticos que reportaba la carrera colonial y toda una ideología que defendía la superioridad de la raza blanca y la necesidad de civilizar a los africanos. Un darwinismo social que colocaba al hombre blanco en el peldaño más alto de la escalera evolutiva y que se valió de la estigmatización de las poblaciones negras para consolidarse en Europa. Y pese a ello, las resistencias africanas fueron numerosas e incluso llegaron a endosar importantes victorias a los ejércitos europeos como en la guerra anglo-zulú de 1879, contradiciendo la imagen de sociedades pasivas y nada dinámicas que se nos ha transmitido hasta la actualidad.

El segundo capítulo, “El reparto de África” deja constancia de cómo los territorios africanos no fueron sino un recurso más de las potencias europeas para, no sólo extender su dominio, sino para poder entablar negociaciones en Europa desde posiciones más fuertes. África se convirtió en un reflejo del poder de las potencias mundiales en Europa y el precio a pagar fueron innumerables víctimas mortales y mutilados (tanto en el plano físico como psicológico) y una consolidación de las prácticas esclavistas, que si bien en la teoría estaban abolidas, de facto continuaron mediante el trabajo forzado.

En “África independiente”, tercer capítulo del libro, se establece una relación directa entre el reparto colonial y los problemas fronterizos actuales entre numerosos países africanos. De hecho, se intenta deconstruir la idea, muy reforzada por los medios de “desinformación”, de que las guerras africanas responden a motivos irracionales como la presencia de comunidades con diferentes creencias religiosas. El factor clave, como señala Ceamanos, emana del control de los recursos y para ello, la instrumentalización de la religión o la etnia son simplemente coartadas que utilizan las élites. Por otro lado, los nuevos problemas ligados al acceso al agua y al aumento del número de refugiados nos auguran una serie de problemas a los que habrá que hacer frente en el futuro.

Es de destacar que esta obra se apoye en numerosas críticas a la colonización que surgieron de manera contemporánea al hecho colonizador y ayuda a evitar caer en la trampa de pensar que el contexto histórico puede minimizar los daños físicos y morales infringidos a las poblaciones africanas. La prensa aparece como un medio de gran poder, tanto para exaltar los logros coloniales como para denunciar lo que se consideró como abusos por parte de las potencias y en donde el Congo de Leopoldo aparece como paradigma de la crueldad.

Hay que valorar también que el trabajo huya de cualquier tipo de simplificación del proceso de colonización. Un ejemplo de ello lo ilustran los distintos modelos de dominio que se establecieron, por ejemplo, por los franceses (mucho más directo) o el llamado *indirect rule* británico, que se apoyaba en jefes de las poblaciones locales. Así mismo, se señalan las aspiraciones de todas las potencias a ampliar sus dominios coloniales con la excusa de unir sus diferentes posesiones. De Portugal a Francia, pasando por Alemania, Italia o Inglaterra, las potencias europeas vieron frenados sus deseos de expansión, además de por las resistencias africanas, por la ambición de sus propios vecinos europeos.

No podemos dejar de destacar las numerosas referencias a films históricos o la presencia de fotografías y alusiones a textos de la época. Aparte del valor que otor-

gan a la obra, estas fuentes también se erigen como potenciales recursos didácticos para el proceso de enseñanza-aprendizaje de un tema tan desconocido y tan necesario, no sólo en las universidades españolas, sino también en la Educación Secundaria Obligatoria (ESO). Por otro lado, a lo largo del trabajo se alude a procesos que también están aconteciendo en Europa y más concretamente en España. Las prácticas extractivas (como las que se están produciendo en Andalucía o en el Este de Europa) y la presencia de grandes obras arquitectónicas, que representan un enorme gasto pero que no tienen una utilidad social muy clara, deben servir para ayudarnos a reflexionar sobre el papel que juega nuestro país en el mundo, a veces a caballo entre el Norte y el Sur global.

Si tuviéramos que echar algo en cara a esta magnífica obra, sería la de no profundizar en los movimientos de protesta que acontecieron en el África Subsahariana poco después de haberse iniciado en el Norte de África y que servirían para romper con la idea de que el Sáhara es una barrera infranqueable que divide el continente en dos; las implicaciones españolas en la colonización de Río Muni y Fernando Poo (actual Guinea Ecuatorial) que parece que han pasado al olvido por la historiografía española, o el tema del acaparamiento de tierras, que simboliza, tristemente, la intensificación de los monocultivos de exportación y que recuerda a prácticas coloniales, dónde esta vez el capital privado tienen aún más fuerza. Un análisis algo más profundo nos haría ver de manera clara las continuidades y las diferencias de una época colonial a otra neocolonial, mostrándonos las injusticias que estamos aceptando en Occidente de manera egoísta con la complicidad de los grandes medios de comunicación.

José Manuel Maroto Blanco  
Universidad de Granada  
jmmaroto@ugr.es